

Hambre

Dimensión alimentaria de la Gran Crisis

A R M A N D O B A R T R A *

FECHA DE RECEPCIÓN: 26/07/2011; FECHA DE APROBACIÓN: 20/10/2011.

RESUMEN: Partiendo de definir la carestía alimentaria como un problema que combina escasez tendencial y especulación, se la ubica como la expresión más dramática de la crisis civilizatoria caracterizada por el enrarecimiento de los factores sociales y naturales de la vida y cuya dimensión subjetiva documentan las insurgencias del norte de África, Medio Oriente y el vuelco a la izquierda de diversos países andino amazónicos. El discurso de los organismos multilaterales favorable a la pequeña producción agropecuaria es visto como un neocampesinismo conservador orientado a recrear la agricultura bimodal que hace medio siglo la CEPAL impulsó en América Latina, mientras que la compra de grandes extensiones de tierra por países, corporaciones y fondos de inversión realiza una carrera por futuras rentas territoriales que forman parte de las ganancias monopólico-especulativas que caracterizan al moderno capitalismo rentista. Lo anterior conforma un neodesarrollismo, inviable cuando tanto el desarrollo como el progreso y la modernidad están desacreditados, y se les oponen nuevos paradigmas en construcción e inspirados en los que animan a la economía campesina.

PALABRAS CLAVE:

- crisis alimentaria
- hambre
- neocampesinismo
- debacle civilizatoria
- capitalismo rentista
- agricultura bimodal

Hunger

Alimentary Dimension of the Great Crisis

ABSTRACT: Starting by define the food shortages as a problem that combines trend scarcity and speculation, ranks it as the most dramatic expression of the civilizatory crisis which is characterized by the rarefaction of natural and social factors of life, and which subjective dimension document the insurgencies of North Africa, Middle East and the shift to the left of various countries andean amazonian. The discourse of the multilateral agencies in favor of small farming is seen as a conservative neo-peasantism oriented to recreate bimodal agriculture that half a century ago CEPAL drove in Latin America, while the purchase of large tracts of land by countries, corporations and investment funds performs a race by future territorial rents that are part of monopoly speculative profits that characterize modern rentist capitalism. This constitute a neo-developmental, unviable when both the development such as progress and modernity are discredited, and oppose them the building of new paradigms inspired by those that encourage the rural economy.

KEYWORDS:

- food crisis
- hunger
- neo-peasantism
- civilizatory crisis
- rentist capitalism
- bimodal agriculture

* Profesor-Investigador, Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco. Coordinador de proyectos para la FAO, la Cámara de Diputados, Sedesol, la Secretaría de Desarrollo Social y la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, entre otros. Autor de decenas de libros y centenas de artículos. Entre sus obras más recientes se encuentran *La utopía posible. México en vilo*, *Campesindios. Aproximaciones a los campesinos de un continente colonizado*; *Construyendo el desarrollo rural integral y sustentable en Guerrero*, y *El hombre de hierro*.

En una era de caos climático y recursos disminuidos el modelo neoliberal se vuelve inviable. Su dependencia de las exportaciones con enormes gastos de transporte y creciente empleo de recursos es insostenible. La viabilidad económica futura demandará un dramático vuelco hacia las economías locales, reintroducir una versión modernizada de la sustitución de importaciones y promover una ordenada reruralización y revitalización de las comunidades a través de reforma agraria, educación, métodos agroecológicos de pequeña escala, control de importaciones-exportaciones y énfasis en la democracia local. Todo en preparación de la inevitable desindustrialización de la agricultura que vendrá al declinar la disponibilidad de combustibles baratos”

Jerry Mander (editor), *Manifiesto on Global Economic Transitions, Global Project on Economic Transitions*, septiembre, 2007.

Especulación o escasez, un dilema falso y peligroso

Crisis alimentaria es un eufemismo para referirse al hambre: flagelo que la modernidad prometió desterrar, que nunca erradicó del todo y que en el tercer milenio arremete de nuevo encarnizado y global. Por ahora sus víctimas son mil millones de personas que se van a dormir con el estómago vacío, pero cada día son más. En vez de abundancia el capitalismo trajo escasez extrema: un enrarecimiento de las premisas naturales y sociales de nuestra existencia que nos amenaza como especie. Y el epítome de la escasez es la insuficiencia e inaccesibilidad de los alimentos que sustentan nuestra reproducción biológica.

Hay quienes dicen que no: que la comida está ahí y en abundancia pero no llega a la gente o le llega cara por la única razón de que los fondos de inversión y las transnacionales agroalimentarias especulan con el hambre. Y

la especulación es patente, criminal y reconocida por casi todos, con excepción de funcionarios como Fernando de Mateo, embajador de México ante la Organización Mundial de Comercio (OMC), quien sostiene que “la especulación puede durar uno o dos meses pero cae” y que “en realidad los especuladores juegan un papel de equilibradores”.¹ En enero de 2011 Jacques Diouf, entonces director general de la FAO, hablaba de la “especulación exacerbada por las medidas de liberación de los mercados de futuros”.² “Encuentro que la especulación en materias primas agrícolas (...) es escandalosa”,³ sostenía por esos mismos días Michel Barnier, funcionario de la Unión Europea. Apreciaciones que confirma el hecho de que en el arranque de la crisis alimentaria de 2008, Cargill haya incrementado sus rendimientos 86%, Monsanto 44% y Syngenta 28%.⁴ Hay quien hasta le pone cifras: según la Eurocámara la especulación es responsable del 50% del incremento de los precios.⁵

El problema está en que algunos sostienen que la escasez relativa de alimentos es un invento, un “mito” destinado a encubrir a la verdadera causa de la carestía que es la especulación y sólo la especulación. “Comida hay. No se trata de un problema de producción sino de acceso a los alimentos”, sostiene el Observatorio de la Deuda en la Globalización.⁶ “La crisis no es de escasez (...) no surge de un desequilibrio real por una menor oferta y una mayor demanda”,⁷ afirma Vicent Boix, responsable de ecología social de Belianis: “Los factores que manejan los medios de comunicación no determinan realmente la crisis alimentaria, se trata, más bien, de una estructura de comercio”, ha escrito Alejandro Nadal.⁸

Argumentaciones curiosas pues quienes las formulan por lo general admiten también la existencia de una serie de factores no especulativos que impactan sobre la oferta, que presionan sobre la demanda, que inciden sobre los precios o que afectan la capacidad adquisitiva de los consumidores.

¹ Susana González, “La especulación no es la causa de alimentos caros: De Mateo”, en *La Jornada*, 6/6/11.

² Jacques Diouf, “La volatilidad de los precios y las crisis alimentarias”, en *La Jornada*, 30/1/11.

³ *La Jornada*, 28/1/11.

⁴ Blanca Rubio, “El declive del orden agroalimentario global y la crisis alimentaria”, en Fundación Heberto Castillo Martínez, *México en la crisis alimentaria global*, México, 2009, p. 47.

⁵ Vicent Boix, “Ocho mitos sobre la crisis alimentaria actual. Con el mercado hemos topado. Sancho”, en <http://alainet.org/active/46392>

⁶ Susana Gonzalez, “Especuladores causantes de la recesión provocan alza de precios de los alimentos”, en *La Jornada*, 15/5/11.

⁷ Vicent Boix, Ocho mitos sobre la crisis alimentaria actual. Con el mercado hemos topado. Sancho. <http://alainet.org/active/46392>

⁸ Alejandro Nadal, “Crisis alimentaria y crisis financiera”, en Fundación Heberto Castillo Martínez, *México en la crisis alimentaria global*, México, 2009.

Así, los que encuentran en la especulación la causa eficiente del hambre no niegan que el cambio climático provoca pérdidas agropecuarias como las de Australia, que detonaron el primer pico de carestía en 2008 y las de Rusia que detonaron el segundo en 2010; no ignoran que en los últimos años una parte creciente de cosechas, tierras y aguas se destina a la producción de agrocombustibles, en la que se emplea ya el 20% de toda la caña de azúcar cosechada en el mundo y 4% de la remolacha, además de 15% de la producción global de maíz y 40% de la estadounidense; no se les oculta que las mudanzas en la dieta de la población de China, India, Indonesia y otros países asiáticos incrementan la tendencia a la ganaderización —que cobró fuerza desde los años treinta del pasado siglo y hoy se intensifica— y con ella el mayor uso forrajero de los granos; saben que se agotaron las pasmosas alzas en la productividad técnica atribuidas a la Revolución Verde y que ahora vivimos sus saldos indeseables, de modo que los rendimientos de la producción cerealera —crecientes hasta fines del pasado siglo— se estancaron y comienzan a disminuir; están enterados de que la elevación de los precios de los hidrocarburos impacta fuertemente los costos agrícolas, por el abrumador empleo de fertilizantes, pero también los aerocomerciales, por los desplazamientos innecesarios, e igualmente los agroindustriales, por la redundante transformación; son conscientes de que las políticas neoliberales llevaron a que muchos países periféricos desmantelaran su producción de alimentos para el mercado interno y hoy son importadores netos que presionan sobre la producción de los excedentarios; están persuadidos de que la recesión económica golpeó los ingresos de los más pobres, que hoy disponen de menos dinero que antes para comprar alimentos... Todos ellos factores ajenos a la rapiña que practican los fondos de inversión y las transnacionales agroalimentarias, pero cuyo impacto estos analistas niegan o minimizan con tal de exacerbar la crítica a la dimensión especulativa de la crisis.

Más equilibrada es la posición de expertos como Olivier de Schutter, relator especial de la ONU en derecho a la alimentación:

Las causas diferentes (*de la crisis alimentaria*) están tan interconectadas que desmarafiarlas y cuantificar la importancia de cada una es tarea imposible. Están el cambio climático y el declive de la productividad agrícola, pero también la creciente competencia por el uso de la tierra entre alimentación, forraje y energía; toda la especulación alentada en los mercados de futuros materias primas agrícolas, en virtud de que los fondos de inversión pueden beneficiarse de picos repentinos en los precios. Esta especulación, que sigue en marcha lleva a los comerciantes a construir inventarios más que ha venderlos, a efecto de colocar luego las materias primas alimentarias con mayores precios, y esto alienta a los gobiernos a imponer restricciones de mercado, empeorando la situación...⁹

La debilidad del enfoque que se concentra en la circulación subestimando otros factores, radica en que con tal de dirigir el fuego de la crítica a los especuladores y sólo en ellos, se presenta un falso panorama de abundancia alimentaria sin nubarrones, sustentado en una producción agrícola siempre creciente y a prueba de todo, a la que no perturban significativamente ni los problemas climáticos, ni los tecnológicos, ni los energéticos... Pero el peligro mayor del especulacionismo a ultranza está en que un diagnóstico unilateral y sesgado sirva para sustentar presuntas soluciones también unilaterales y sesgadas.

“Para (...) el que esto escribe —ha dicho Vicent Boix— el problema de la crisis de los precios tiene su origen en las manos visibles del mercado (...); por tanto las soluciones deben encaminarse a frenar los abusos de este (...) eslabón de la cadena”.¹⁰

Así, las señales que, para quienes criticamos el modo capitalista de producir y no sólo el de distribuir, son síntomas inequívocos del agotamiento del modelo de agricultura industrial como paradigma dominante y tendencialmente excluyente, son reducidas a “abusos” en el ámbito de la circulación, que basta con “frenar” para que la dificultad quede superada.

El fondo de la cuestión está en que algunos parecen seleccionar las causas que deben dar razón de los problemas, no por su capacidad explicativa sino porque apuntan a su enemigo predilecto. Y sin duda Cargill, Monsanto y los especuladores financieros son villanos mayores, lo malo es que al fetichizarlos se embota el filo de los argumentos y creyendo radicalizar la crítica se la circunscribe a factores importantes pero periféricos al problema básico que es la insostenibilidad agraria del capitalismo.

Claro que hay codicia desmeatada e irracionalidad en el mercadeo real y virtual de las *commodities* agropecuarias: bienes básicos con los que se lucra perversamente y que se orientan a fines distintos a los de la alimentación humana. También es verdad que si se cancelaran los usos no vitales de las cosechas agrícolas y los alimentos se distribuyeran con eficiencia y equidad, cuando menos en este momento nadie se tendría que ir a dormir con el estómago vacío. Pero la mayor y más profunda irracionalidad epocal no es especulativa o de injusticia distributiva sino de orden productivo: en el fondo de la crisis alimentaria está la erosión histórica de la sociedad y la naturaleza operada por un capitalismo que no sólo es económicamente expoliador y socialmente injusto sino también tecnológicamente insostenible. En el hambre se expresa un problema de codicia

⁹ Olivier de Schutter, “Contra el hambre: invertir en los pobres” (entrevista), en *La Jornada del Campo*, 24, 12 de septiembre de 2009, México, p 4.

¹⁰ Vicent Boix, *ibid.*

desmedida y mala distribución, pero también y sobre todo un problema de tendencial escasez que –en viciosa vuelta de tuerca– le da más vuelo a la especulación. Y es este enrarecimiento creciente y ominoso el que hace de la crisis de los alimentos parte sustantiva de la multidimensional debacle civilizatoria que nos aqueja.

El treintañero libertinaje financiero –del que forman parte la bursatilización de una parte sustantiva de los alimentos, las compras de futuros y las operaciones con derivados– es corresponsable de la hambruna. Pero el curso equivocado por el que estamos pagando las consecuencias se adoptó mucho antes de que ingresáramos en el capitalismo canalla llamado neoliberal: arrancó con el impulso a la agricultura industrial, conversión que a su vez agarró vuelo a mediados del siglo XX al generalizarse el paquete tecnológico de la Revolución Verde. En consecuencia, no saldremos en definitiva del atolladero alimentario por una vía posneoliberal y “frenando” los “abusos” de los especuladores. Hay que frenarlos, sin duda, pero el problema de fondo sólo se resolverá cuando abordemos las cuestiones agropecuarias –y no sólo éstas– con paradigmas poscapitalistas.

La diferencia de fondo entre quienes enfatizan la especulación como núcleo de la crisis alimentaria y quienes para explicarla subrayamos la tendencial escasez, está en que ellos siguen el razonamiento canónico según el cual en el capitalismo las fuerzas productivas encarnan la virtud y el pecado radica sólo en las relaciones de producción, mientras que para nosotros el sistema ha pervertido también a las fuerzas productivas.

“Este debate en torno a la “crisis civilizatoria” tiene grandes implicaciones para el tipo de acción política que uno respalda -ha escrito Immanuel Wallerstein- No se resolverá con facilidad (...) pero es un debate crucial (...) Si la izquierda no puede resolver sus diferencias en torno a ese debate crucial, entonces el colapso de la economía-mundo capitalista podría conducir al triunfo de la derecha y a la construcción de un sistema-mundo peor del que ahora existe”.¹¹ Tiene razón.

¹¹ Immanuel Wallerstein, “El Foro Social Mundial, Egipto y la transformación”, en *La Jornada*, 26/2/11.

¹² Armando Bartra, “Fuego nuevo. Paradigmas de repuesto para el fin de un ciclo histórico”, en *Veredas*, Año 10, n. 18, pp. 7-38, primer semestre de 2009, UAM-X. Armando Bartra, *Tomarse la libertad. La dialéctica en cuestión*, Itaca, México, 2010, pp. 17-38. Armando Bartra, “Tiempos turbulentos”, en *Argumentos*, UAM-X, Nueva época, año 23, mayo-agosto, 2010, pp. 91-122.

¹³ Karl Polanyi, *La gran transformación*, Casa Juan Pablos, México, 2004, pp. 59-165.

Crisis alimentaria, emblema de la debacle civilizatoria

El hambre que hoy devora cuerpo y alma de mil millones de personas no es síntoma aislado de una enfermedad particular: la crisis alimentaria. El hambre es componente principalísimo de un síndrome: entrevero de dolencias del que forman parte la erosión de la naturaleza, el agotamiento del petróleo, el estrangulamiento económico, entre otros componentes de la debacle epocal que nos aqueja.

He dicho en otros ensayos que la presente crisis es multidimensional pero unitaria.¹² Cambio climático, astringencia energética, carestía alimentaria, recesión económica, pandemias, descreimiento en la política convencional, necrosis del tejido social, migraciones masivas, guerras, insurgencias multitudinarias... no sólo convergen, se entrecruzan y retroalimentan sino que tienen un origen común en la magna inversión civilizatoria por la que paulatinamente fuimos pasando de ser sociedades *con* mercados a ser una gran sociedad global *para* el mercado, un orden donde a todo se le pone precio, inclusive al hombre, la naturaleza y el dinero que no son mercancías en sentido estricto ni pueden producirse como tales.¹³

La crisis es de la cuenta corta y de la cuenta larga: evidencia el agotamiento del treintañero capitalismo gandalla del fin de siglo, pero también del modo de producción capitalista y del propio orden urbano industrial. Enfrentamos un estrangulamiento coyuntural que quizá puede atemperarse con reformas epidérmicas, pero que es parte de una crisis mayor de carácter civilizatorio de la que sólo saldremos con un drástico golpe de timón. La presente debacle polifónica no es una crisis más en el curso de la modernización, es la crisis de la modernidad, es decir del progreso, de la razón instrumental, de la fetichización del futuro, del providencialismo científico-tecnológico.

En nuestro Apocalipsis de entre siglos el jinete del hambre es el más fiero. En 1992 se calculaba que 848 millones de personas se iban a dormir mal comidas, para 2008 los hambrientos eran 923 millones y para 2011 ya pasan de los mil millones. Jacques Diouf, director general de la FAO, ha dicho que así como van las cosas el objetivo del milenio consistente en reducir el hambre a la mitad, que se había programado para 2015, no se alcanzará sino hasta 2150. Así las cosas nos esperan cuando menos seis generaciones más de hambrientos.

La injusticia distributiva es crónica en nuestro mundo y aun existiendo alimentos suficientes, siempre ha habido quienes padecen por que no les alcanza el dinero para comprarlos. Pero el hecho es que como efecto del riego, la mecanización, los fertilizantes y las semillas mejoradas en la segunda mitad del pasado siglo aumentó notablemente la productividad en el cultivo de granos y desde la segunda

guerra mundial hasta fines del milenio el precio de los alimentos disminuyó 75%. La gran promesa del capitalismo parecía estarse cumpliendo gracias a la Revolución Verde y el impulso a la agricultura industrial.

El soleado panorama se empezó a nublar en la década de los ochenta de la pasada centuria, cuando la tasa de crecimiento de la población rebasó ligeramente a la de la producción de trigo y maíz: 11.8% contra 11.7%, alcance que no se había presentado en los veinte años anteriores. Se oscureció durante los noventa en que la producción de maíz, trigo y también arroz, creció más lentamente que la población mundial.¹⁴ Y la amenaza se transformó en tormenta en la primera década del siglo XXI pues entre 2008/9 y 2010/11 la producción mundial de granos se redujo 2.6%. Un factor importante en esta desaceleración es que en los últimos diez años el crecimiento antes acelerado de los rendimientos por hectárea se estancó en el caso del maíz y la soya, y disminuyó en el caso del trigo y el arroz.

Es en este contexto que en 2007 y 2008 se disparan los precios de los alimentos, carestía que se repite y aun se incrementa en el nuevo pico 2010 y 2011. Para marzo de 2011 los precios reales de los alimentos han alcanzado el nivel más alto de los últimos 27 años, y las perspectivas de la FAO son pesimistas pues por factores climáticos, en vez del aumento esperado de 1.2%, se estima para 2011 una caída de 2%, con lo que las reservas de maíz se reducirán 12%, y 10% las de trigo.

En el desmesurado aumento que desde 2008 han tenido los precios de la comida tiene un papel destacado la especulación, un juego económico perverso que sin embargo se monta sobre una real situación de escasez relativa, reservas mermadas e incertidumbre climática. El poder de chantaje de las transnacionales y el arrasador efecto social de la carestía por ellas agudizada se hacen patentes si tomamos en cuenta que, según el Banco Mundial, alrededor del 70% de los países son importadores netos de comida y que, según la FAO, hay cuando menos 30 países con necesidad de ayuda alimentaria.

“El mundo quizá deba acostumbrarse a alimentos caros (*pues el aumento de la demanda*) se debe a cambios estructurales irreversibles en la economía mundial”, sostiene el Fondo Monetario Internacional, y en la última reunión del Foro Económico Mundial, Susilo Bambang, presidente de Indonesia pronosticó que “la próxima guerra (...) puede ser la carrera por recursos escasos”. Es difícil creer que todos los datos y aproximaciones conceptuales que destacan los componentes de relativa escasez implícitos en la crisis alimentaria, son sólo ruido ideológico destinado a encubrir a los que especulan con el hambre.

Pero si el estrangulamiento alimentario y la multidimensional debacle civilizatoria de la que forma parte son vistos como una crisis de escasez agudizada por la especulación, habrá que revisar las versiones de la historia

que nos vendió la modernidad, pues desde 1846-48 en que hubo hambruna en Europa, se pensaba que las emergencias agrícolas propias del *Ancien régime* habían quedado atrás. “Parece que la industrialización ha roto a finales del siglo XVIII y en el XIX, este círculo vicioso”, escribe Braudel.¹⁵ Y es que nadie niega las crisis de los tiempos modernos, pero se las concebía como recesiones económicas, como atorones por sobreproducción, como crisis de abundancia.

Y las crisis recesivas están ahí, como lo prueba la de 2008-2009. La cuestión es que estos tropiezos propios de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia en la sociedad industrial capitalista, se entrecruzan con la estruendosa reaparición de la vieja crisis, la que se supone que habíamos dejado atrás desde hace 150 años. Una debacle multidimensional cuyo núcleo es la sistemática erosión y progresiva escasez de los recursos naturales y sociales que hacen posible la vida humana. Colapso generalizado que no se explica sólo por las contradicciones internas del proceso económico de acumulación sino también y sobre todo por las contradicciones externas que genera nuestra conflictiva e insostenible relación con la naturaleza.

Algunos historiadores previeron esta posibilidad desde mediados del siglo XX. Tal es el caso de Witold Kula, quien sostenía que “cuanto más aprenda a utilizar las posibilidades que le ofrece la naturaleza, cuanto más se la domine, más ha de depender el hombre de ella”.¹⁶ Conclusión “aparentemente paradójica” que lo lleva a especular sobre los posibles efectos venideros del moderno dominio sobre el medio natural. “Al influir sobre el medio (...) el hombre, por encima de la realización de sus objetivos, provoca asimismo una serie de efectos involuntarios (...) La investigación de (*estos*) efectos involuntarios (...) es muy importante para la ciencia, y muy difícil para la ciencia histórica”. Y en una clarividente anticipación, el historiador vislumbra un problema que estallaría cincuenta años después, al alba del tercer milenio:

En el curso de los actuales procesos de producción la humanidad lanza anualmente al ambiente una cantidad de anhídrido carbónico equivalente a 1/300 parte de la cantidad total de este gas existente en la atmósfera. Esta es una cantidad desconocida en los anales geológicos de la tierra desde el período cuaternario ¿Podremos, acaso, prever los efectos de este proceso al fin de un largo período de tiempo?¹⁷

¹⁴ Blanca Rubio, *Ibid*, p. 41.

¹⁵ Fernand Braudel (1994), *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social*, REI, p. 30.

¹⁶ Witold Kula, *Problemas y métodos de la historia económica*, Ediciones Península, España, 1974, p. 528.

¹⁷ *Ibid*, p. 529.

No pudimos. En consecuencia estamos entrampados en una crisis de escasez del tipo de las que en el pasado diezaban a los pueblos agrarios y que los historiadores de la modernidad creyeron que habíamos dejado atrás.

“Todo el drama social del hambre que domina las postrimerías del siglo puede tener su verdadera causa en la perturbación, aunque ligera, de las condiciones atmosféricas (...) Acerca de este drama (...) no escasean (...) las explicaciones demográficas o económicas, pero nada nos asegura que el clima no haya tenido su parte”¹⁸, escribe Braudel refiriéndose al siglo XVI con términos semejantes a los que podríamos emplear hoy para calificar nuestra crisis.

El clima y sus incertidumbres causaban las crisis en las sociedades agrícolas. En cambio en las industriales se presume que la producción depende cada vez menos de las condiciones naturales y por tanto es previsible y creciente, de modo que las hambrunas debieron haber quedado atrás. Sin embargo, a un siglo y medio de la última crisis alimentaria europea de viejo tipo, resulta que el cambio climático antropogénico nos sume de nuevo en la incertidumbre productiva, pero ahora la escala es global. La diferencia está en que antes era el insuficiente poder de nuestra intervención en la naturaleza lo que nos impedía prever y contrarrestar los siniestros, mientras que ahora el comportamiento errático de las condiciones naturales resulta también y principalmente de lo contundente —y torpe— de nuestra intervención.

La lección es que la mayor o menor capacidad de hacer frente a la incertidumbre que marca la relación hombre naturaleza, *no* depende del grado de *dominio* que tengamos sobre las cosas sino de nuestra capacidad de establecer con ellas relaciones armoniosas. No se trata de volver al “estado de naturaleza” ni de dejar atrás el condicionamiento natural, opciones inviables, sino de desplegar una intervención enérgica y creativa pero prudente y respetuosa, una incidencia que sin renunciar al proyecto y a la libertad reconozca la irreductibilidad última de la incertidumbre, la fatal recurrencia de la ignorancia y la escasez.

Menos de dos siglos después del despegue del capitalismo fabril la emergencia por escasez resultante del cambio climático provocado por la industrialización manufacturera y agrícola y por la urbanización a ultranza, amenaza con asolar al mundo entero. Es verdad que la carestía alimentaria reciente no es aun como las del Viejo régimen pues,

¹⁸ Fenand Braudel, “La Méditerranée”, citado por Immanuel Wallerstein (1979) en *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía mundo europea en el siglo XVI*, Siglo XXI, p. 309.

pese a que se han reducido severamente, por el momento quedan reservas globales para paliar hambrunas localizadas. En cambio se les asemeja enormemente la crisis medioambiental desatada por el calentamiento planetario. Sólo que la penuria de nuestro tiempo no tendrá carácter local o regional sino global y la escasez será —está siendo— de alimentos pero también de otros básicos como agua potable, tierra cultivable, recursos pesqueros y cinegéticos, espacio habitable, energía, vivienda, medicamentos...

Crisis y revoluciones

Las insurgencias populares multinacionales que desde enero de 2011 sacuden el norte de África y el Oriente Medio son una de las primeras expresiones sociales de la debacle civilizatoria. Revoluciones en curso y de incierto destino con las que al encarnar en un sujeto el desarreglo estructural deviene crisis histórica en sentido estricto.

“Las alzas (*en los alimentos*) pueden haber contribuido al malestar social en Medio Oriente y norte de África”, sostuvo el FMI, en marzo 2011. Es muy posible que en efecto la crisis alimentaria haya contribuido a las rebeliones en cadena, pues entre enero y mayo de 2011 cayeron los gobiernos de Zine al Abidine Ben Alí, en Túnez, y el de Hosni Mubarak, en Egipto, y se desataron insurgencias populares más o menos amplias en Libia, Yemen, Siria, Argelia, Barhén, Jordania, Yibuti, Omán, Marruecos, Irán, Irak, Pakistán y Arabia Saudita, países importadores de básicos en los que aumentó el precio de la comida.

Como la pasada centuria, el siglo XXI empieza con revoluciones periféricas. Quiebres históricos que en algunos casos son eventos políticos breves y deslumbrantes de destino aun incierto como los del norte de África y el Oriente Medio, mientras que otros, como los del cono sur americano, desembocaron ya en procesos duraderos de renovación sociopolítica y económica. Pero de manera directa o sesgada unos y otros remiten a las diversas tensiones que conforman la debacle, con lo que al adquirir una dimensión subjetiva las fracturas estructurales devienen crisis en un sentido pleno.

No sólo por el estrangulamiento sistémico sino también por sus expresiones político-sociales, estamos en un fin de época. Tránsito que desde la atalaya de la “cuenta larga” está definido por la gran crisis civilizatoria, pero que desde la perspectiva de la “cuenta corta” coincide con el descrédito del neoliberalismo.

Después de la segunda guerra mundial el capitalismo regulado del Estado de bienestar tuvo también en el “tercer mundo” una fase moderadamente incluyente y redistributiva, pues el desarrollo endógeno demandaba fortalecer el mercado interno mediante reformas agrarias que propiciaran la integración subordinada de la agricultura a la industria. La módica luna de miel del capital con los

campesinos termina en divorcio durante el último tercio del pasado siglo al generalizarse el extrovertido y excluyente modelo neoliberal que desengancha de la economía a los pequeños y medianos productores agropecuarios que trabajaban para el mercado interno.

No es casual que varios de los países con revoluciones en curso hayan vivido en el pasado reformas agrarias importantes que luego fueron revertidas. Tal es el caso de Egipto, donde a partir de 1961, durante el gobierno de Gamal Abdel Nasser, se entregaron tierras a más de 350 mil familias a las que se organizó en cerca de 7 mil cooperativas de fuerte control estatal. Reforma que se echó atrás a partir de 1986, durante el gobierno de Hosni Mubarak, con lo que Egipto pasó de la autosuficiencia a una abismal dependencia alimentaria.¹⁹ Y procesos semejantes tuvieron lugar en Argelia, Irak, Túnez y Yemen, países donde, en el marco de su “modernización”, se realizaron repartos agrarios, ciertamente de carácter burocrático y estatista pero con significativos efectos en la producción, mudanzas favorables a los campesinos que más tarde fueron parcial o totalmente echadas atrás.²⁰

El saldo de reformas agrarias ausentes, truncas o desmontadas es la dependencia en el aprovisionamiento de bienes de consumo básicos, razón por la cual Egipto, Túnez y otros países de la región son particularmente sensibles a las alzas de precios asociadas con la actual crisis alimentaria.

Así, en Túnez el disparador de la protesta que derrocó al gobierno de Ben Ali fue el encarecimiento de la comida. Y algo parecido sucedió en Egipto, país que fue autosuficiente en alimentos pero hoy compra en el exterior el 60% de lo que su pueblo come y es el mayor importador mundial de trigo, con adquisiciones que representan el 17% del total de las ventas planetarias.

La crisis alimentaria global es inseparable del cambio climático, pero en la región que nos ocupa el nexo es excepcionalmente fuerte y directo. En Siria, la otrora fértil planicie de Houran, que fuera granero del Oriente Medio, ha padecido una severa sequía durante el último lustro, con reducción de lluvias de entre 45 y 66%, lo que aunado a la mala administración hídrica y al recorte de subsidios agrícolas, ha empobrecido a cerca de un millón de personas del oriente del país, muchas de las cuales son hoy desplazadas. En este marco la cosecha de trigo de Houran cayó 25% sólo en 2010.

Hace tres años, cuando nadie esperaba las rebeldías que hoy conmueven a esa zona, el Banco Mundial informaba que “Medio Oriente y noráfrica son las regiones más afectadas por la penuria global de agua”.

La mayor parte de países del norte de África y del Oriente Medio padecen una marcada dependencia en el abasto de alimentos, dependencia que en el caso de Arabia

Saudita llega al 70%. Ciertamente, los países del golfo Pérsico cuentan con bastos ingresos petroleros y con capacidad de importación, pero aun así la insuficiencia en básicos conlleva severos riesgos, potenciados por una crisis alimentaria estructural que en el último lustro ya ha tenido dos eventos coyunturales de carestía extrema.

“La inseguridad alimentaria se mantendrá con una sucesión de crisis que tendrán graves consecuencias para las poblaciones más pobres”, escribió recientemente Jaques Diouf, cuando aun era director general de la FAO,²¹ y el FMI informa que durante 2010 el precio internacional promedio de los alimentos aumentó 32% y que en el arranque de 2011 las cotizaciones ya superan los niveles de 2008.

Sin soslayar que en una zona rica en hidrocarburos siempre hay mano negra de los países imperiales, los que hoy intervienen abiertamente en Libia y a trasmano en toda la región, me parece que los movimientos reivindicativos y revolucionarios que sacuden al norte de África y al oriente medio se pueden catalogar como uno de los primeros saldos políticos de la crisis climático-alimentaria. Y es que si bien son multifactoriales, cada uno tiene raíces históricas particulares y en algunos casos sus protagonistas más vistosos son jóvenes educados de la clase media, como conjunto los fuegos insurgentes de la región fueron abanicados por los efectos combinados de la recesión económica, el cambio climático y el encarecimiento de la comida.

Se dirá que en el confuso curso de la insurgencia del norte de África y el Oriente Medio las exigencias más visibles son democracia y libertades civiles y no otras cuestiones sustantivas de la gran crisis. Es verdad. Si es evidente que las grandes fracturas estructurales están directa o indirectamente presentes en el descontento popular que conmueve a la región, también lo es que por el momento no figuran destacadamente en las plataformas reivindicativas de quienes se movilizan.

Muy distinto es el panorama de la primera generación de insurgencias populares y mudanzas políticas del milenio. Un dramático cambio de rumbo que tiene lugar en América Latina y arrancó no en 2011 sino hace doce años con las circunstancias sociales que hicieron posible la llegada de Hugo Chávez al gobierno de Venezuela. Conversión a la izquierda que pronto se extendió con mayor o menor enjundia a Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, Ecuador, Paraguay, Uruguay, Nicaragua, El Salvador y Perú.

¹⁹ Armando Bartra, “De viejas y nuevas reformas agrarias. Hacia una cartografía del cambio rural para el fin del milenio”, en *Cuaderno Agrarios*, Nueva Época, no. 17-18, México, 1999, p. 210.

²⁰ *Ibid*, p. 207.

²¹ Jaques Diouf, “La volatilidad de los precios y las crisis alimentarias”, en *La Jornada*, 30 enero 2011.

El cambio de aires es en esencia una conversión antineoliberal: una rebelión contra las recetas del BM y el FMI plasmadas en el Consenso de Washington, por cuya dogmática aplicación el subcontinente pagó un alto costo. Pero los grandes temas de la crisis civilizatoria se están incorporando, así sea discursivamente, en la agenda posneoliberal de los gobiernos renovadores de la región.

El cuidado del medio ambiente es asunto medular en la nueva institucionalidad que comienza a imponerse y ocupa un lugar central en las flamantes Constituciones de Ecuador y Bolivia. El “desarrollo” y el “progreso”, entendidos –sin más– como crecimiento económico, están en entredicho y en su lugar se abren paso conceptos aun vagos como *Sumak kawsay* y *Suma qamaña*, que para las viejas culturas andinas significan algo así como “vivir bien”. El tema de las rentas y la inviabilidad a mediano plazo de la economía extractiva que sigue sustentando a muchos de los países de la región hoy enfilados a la izquierda, se debate con fuerza en Venezuela, en Bolivia, en Ecuador, en Brasil. Los “desiertos verdes”, sobre todo de soya transgénica, que caracterizan el paisaje agrícola de Brasil, Argentina y Paraguay, entre otros países, están siendo fuertemente cuestionados.

“No creemos en la concepción lineal y acumulativa del progreso –ha dicho Evo Morales–. Vivir bien es pensar no sólo en términos de ingreso per-cápita, sino de identidad cultural, de comunidad, de armonía entre nosotros y con la Madre Tierra (...) No tenemos muchas alternativas. O seguimos por el camino del capitalismo y la muerte, o avanzamos por el camino de la armonía con la naturaleza y la vida”.²² Expresiones que hace apenas diez años habrían sido inconcebibles en un jefe de Estado.

Paulatinamente los pueblos y algunos gobiernos de Nuestra América están asumiendo el recambio civilizatorio como su desafío. Y así, al encarnar en un sujeto la gran crisis estructural va deviniendo crisis verdadera.

El neocampesinismo de los organismos multilaterales

Al alba del tercer milenio nos amanecemos con un estrangulamiento alimentario global que ya generó dos crisis de precios altos. Los factores que inciden sobre el atorón son muchos, pero lo que no puede soslayarse es que en términos generales la demanda realmente existente

alcanzó a la oferta efectivamente disponible, de modo que estamos ante una potencial crisis de escasez. Hay reservas, sí, pero la cosecha de granos de 2010 fue menor que la de 2009 y fue rebasada por la demanda. Así las cosas, toda solución pasa por reorientar los cultivos y por incrementar las cosechas de los alimentarios, especialmente el aporte de los pequeños y medianos productores.

Las más diversas voces han señalado que sin los labriegos modestos no será posible superar los perentorios retos ambientales, alimentarios y energéticos. Sin embargo, el llamado no viene sólo de las organizaciones de los trabajadores del campo y de sus compañeros de camino, los campesinófilos civiles y académicos. Sorpresivamente, al evidenciarse la crisis alimentaria y en medio de una carestía fluctuante pero que no remite, la revaloración del aporte potencial de los pequeños productores agropecuarios ha sido defendida por uno de los mayores promotores globales de la descampesinización: el Banco Mundial.

En su reporte de 2008 el organismo multilateral sostuvo que

el ajuste estructural dismanteló un elaborado sistema de agencias públicas que proveía a los campesinos con acceso a la tierra, al crédito, a los seguros, a los insumos y a las formas cooperativas de producción. La expectativa de que estas funciones serían retomadas por agentes privados no ocurrió. Mercados incompletos y vacíos institucionales impusieron costos enormes, un crecimiento que se frustró y pérdidas en bienestar para los pequeños productores, amenazando su competitividad y en muchos casos su sobrevivencia (...) Es necesario volver a colocar a este sector (*la agricultura*) en el centro del programa de desarrollo. Y hay que hacerlo, dice el Banco, entre otras cosas porque de los 5 500 millones de habitantes de los países en desarrollo, 3 mil millones viven en el campo, es decir media humanidad es rural. De modo que se requiere una revolución de la productividad de los pequeños establecimientos agrícolas.²³

Después de esto ya no sorprende que argumente en el mismo sentido el Fondo Monetario Internacional (FMI), en su reunión de primavera de 2008; la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), en su informe de septiembre de 2008; y, para nuestro subcontinente, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), en su informe de abril de 2008.

De 2007 en adelante, casi todos los países que renunciando a la soberanía y seguridad alimentarias habían debilitado premeditadamente la agricultura de mercado interno, rectifican en alguna medida su política rural en la línea de reactivar la pequeña y mediana producción, en particular de granos básicos.

²² Fernando Huanacuni Mamani, *Vivir bien/ Buen vivir. Filosofía, políticas, estrategias y experiencias regionales*, Instituto Internacional de Integración, La Paz, 2010, pp. 43, 44.

²³ Banco Mundial, “World Development Report”, 2008.

Entre ellos, economías socialistas como la cubana que por el camino del monocultivo cañero-azucarero y el estatismo agropecuario había caído en una severa dependencia alimentaria que suponía importaciones anuales en ese rubro del orden de los dos mil millones de dólares. El fomento de la llamada agricultura urbana en baldíos y camellones, tiene más de una década, pero desde 2009 el gobierno de la isla comenzó a adjudicar en usufructo tierras ociosas en extensiones de entre 3 y 20 hectáreas por posesionario, con lo que se puso a producir un millón adicional de hectáreas. Aún permanecen baldíos alrededor de otros dos millones de los cuales unos 600 mil entrarían en un plan de agricultura suburbana en las franjas periféricas de las ciudades. En todos los casos la unidad económica a la que se apela es la producción familiar.²⁴

Pero el neocampesinismo proclamativo de los organismos multilaterales y la moderada o decidida rectificación de algunos gobiernos, se topa con la contundencia de la realidad en forma de una ominosa carrera por la apropiación de la tierra del planeta, una competencia en que participan tanto países como empresas transnacionales.

Capitalismo rentista

La FAO, en voz de Hafez Ghanen, estima que en los próximos 40 años tendremos que producir entre 70% y 100% más alimentos pues la población mundial que es ahora de 6 mil millones pasará a 9 mil millones, y que para cumplir esta meta sería necesario incorporar al cultivo—de preferencia campesino—alrededor de 120 millones de hectáreas adicionales, sobre todo en Asia, África y América Latina.

Pero, sucede que desde hace más de un lustro—lo que tiene la crisis alimentaria—gobiernos e inversionistas privados están comprando o arrendando vertiginosas extensiones de tierras fértiles, sobre todo en países en desarrollo como los asiáticos Sudan, Pakistán, Kazajstán, Camboya, Uganda, Birmania, Indonesia, Laos, Turquía; los africanos Camerún, Madagascar, Nigeria, Ruanda, Zambia y Zimbabwe y los latinoamericanos: Argentina, Brasil, Bolivia, Colombia, Perú y Ecuador. Los máximos compradores son Corea del Sur, que adquirió 2.3 millones de hectáreas, China, que se hizo de 2 millones a través de su mayor empresa agroalimentaria, Beidahuang Group; Arabia Saudita que compró 1.6 millones en Indonesia y Sudan, y los Emiratos Árabes Unidos adquirieron 1.3 millones en Paquistán, Sudán, Filipinas y Argelia. Pero también se hicieron de tierras India, Japón, Egipto, Barhéin, entre otros. Igualmente se están sumando al boom de adquisiciones territoriales consorcios privados como el corporativo ruso Renaissance Capital, la transnacional coreana Daewo Logistics, así como Morgan Stanley, Landkom, Benetton, Mitsui y el holding saudí Bil Laden Group.²⁵ Recientemente la organización GRAIN,

que le sigue la pista al hambre de tierras, ha documentado una nueva vertiente: “Entre los mayores inversionistas que buscan sacar provecho se encuentran los fondos de pensiones (que) actualmente (...) manejan entre 5 mil y 15 mil millones de dólares en adquisición de tierras de cultivo. Hacia 2015, se espera que estas inversiones en mercancías y tierras se dupliquen”.²⁶

La fiebre de compras puede leerse como “acumulación originaria *permanente*”, expresión que originalmente fue de Marx y que hace casi medio siglo sobreadjetivó Samir Amin²⁷ para designar la persistencia de los mecanismos primarios de acumulación; puede llamársele también “acumulación por desposesión”, fórmula con que David Harvey²⁸ ha rebautizado recientemente el añejo fenómeno. Pero la apropiación violenta de recursos naturales y la privatización de bienes o conocimientos que en sentido estricto no son mercancías, no pasarían de simple atesoramiento ni se convertirían en acumulación propiamente dicha, sino se valorizaran.

Y cuando esto sucede, cuando lo apropiado se valoriza, el lucro perverso aparece como renta. Porque en el capitalismo lo que le da sentido a la propiedad—aun si ésta lo es de bienes que por no ser mercancías en sentido estricto, además de escasos, resultan naturalmente monopolizables—no es la apropiación en cuanto tal sino la ganancia extraordinaria que genera su valorización productiva. La clave de la “acumulación originaria permanente” no está en la “desposesión” sino en la renta. Renta que es una modalidad del “intercambio desigual”, como ya lo había señalado Samir Amin hace más de cuarenta años al reflexionar sobre la persistencia de la también llamada “acumulación primitiva”.

Los capitalistas nunca renunciaron a las seguras rentas por las inciertas y volátiles ganancias, más bien buscaron combinarlas. Pero el capitalismo moderno se está volviendo un orden progresivamente rentista donde la plusvalía generada por el trabajo no se distribuye tanto en función de la inversión productiva de capital como de la privatización de recursos escasos y diferenciados con cuya propiedad excluyente se puede especular. La expresión más dramática de esto es la renta del dinero: las insondables ganancias

²⁴ Patricia Grogg, “Agricultura sostenible en suburbios de Cuba”, Correo Pedro Gellert, 3 mayo 2010.

²⁵ Ver Informe de la Fundación GRAIN, “¿Se adueñan de la tierra?”

²⁶ Gustavo Duch Guillot, “No es (sólo) China”, en *La Jornada*, 17/7/11.

²⁷ Samir Amin, *La acumulación a escala mundial. Crítica de la teoría del subdesarrollo*, Siglo XXI, Madrid, 1974, pp. 11-13.

²⁸ David Harvey, “El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión”, *Socialist Register*, 2004, pp. 112, 113.

que genera la rapiña financiera en un capitalismo cada vez más virtual. Y junto a ella están las vertiginosas rentas provenientes de la privatización y explotación excluyente de los hidrocarburos y otros minerales, del agua potable, de las bandas del espectro electromagnético, del genoma, del paisaje, de los territorios geoestratégicos, de las patentes tecnológicas, del software, de la información, de las franjas del mercado que satisfacen necesidades irrenunciables como la alimentación, la salud y la educación...

El propio Banco Mundial incluye en sus bases económicas la renta proveniente de los recursos naturales, aunque se circunscribe a cuatro orígenes que en 2008 representaron el 7% del producto bruto mundial: carbonífero, forestal, minero y petrolero, cuando las fuentes de renta son muchas más. De su importancia y concepción se ha ocupado recientemente José Antonio Rojas Nieto.

En el mercado en pleno proceso de obtención de una ganancia media, las transferencias de valor al interior de las ramas (...) tienden a ser menores. No así la producción de bienes derivados de la explotación de los recursos naturales, pues la difusión tecnológica en la producción agropecuaria, minera, piscícola, forestal, petrolera—entre otras—no elimina la esencial influencia de fertilidad y ubicación.²⁹

A continuación el economista ejemplifica con las grandes diferencias de productividad que existen entre el trigo producido por Francia, Egipto y Reino Unido, respecto del que cosechan China, India y Estados Unidos; y con el caso del arroz, donde la diferencia de rendimientos entre sus dos más grandes productores China y India, es del 100%, para concluir remitiéndonos a los consabidos diferenciales de productividad petrolera que privilegian notablemente a los países árabes. “Estas diferencias—incluso enormes—explican las rentas—sostiene Rojas—, que representan importantes transferencias internacionales de las esferas industriales a las de productos primarios”.³⁰

Como bien sabía David Ricardo la clave de la renta es la escasez. “El trabajo de la naturaleza se paga, no porque rinde mucho sino porque rinde poco—decía en sus *Principios de economía política*—. En la medida en que se vuelve mezquina en sus dones, exige un pago mayor por su trabajo”.³¹ Y en tanto que crisis de escasez, la gran debacle civilizatoria es el mejor de los mundos posibles

para un neroniano y apocalíptico capitalismo rentista que gana más cuanto peor es el desastre: cuanto mayor es el enrarecimiento natural y social que él mismo provoca.

Protegido de la competencia por el carácter excluyente de los monopolios naturales o sociales que lo sustentan, el rentismo es una modalidad casi perfecta de acumulación. Casi, porque también en él habita la contradicción. Y es que dado que la acumulación rentista se funda en la propiedad de bienes limitados: un recurso material o espiritual escaso, un mercado cautivo, las ganancias no pueden reinvertirse indefinidamente en el mismo sector. Restricción que no tienen los capitales sustentados en medios de producción producidos socialmente, cuyos únicos límites son la competencia y la demanda.

Así, por ejemplo, los privilegiados magnates petroleros del golfo pérsico ingresan dólares a raudales—más ahora cuando por la escasez los precios del oro negro se disparan—pero no pueden expandir a voluntad su actividad extractiva más allá de la disponibilidad de pozos fértiles. Una salida es el consumo suntuario, que practican con singular alegría, pero aun esto tiene un límite. Los excedentes económicos que genera el petróleo han de aplicarse en actividades no petroleras y así lo hacen las petromonarquías de la región. Sintomáticamente, sus fondos de inversión, calculados por algunos en unos 7 billones de dólares, se han estado invirtiendo en actividades distintas de la petroquímica pero que también se generan rentas pues en ellas se puede acotar la competencia: bancos y casas de bolsa, minería, turismo, puertos, farmacéutica, fuentes alternas de energía, medios electrónicos de comunicación... Y también tierra, vertiginosas extensiones de tierra. Porque en un mundo donde las nuevas y crecientes demandas están haciendo cada vez más escasos a los productos agrícolas, los suelos cultivables apuntan a ser fuentes de rentas aún más cuantiosas de lo que ya son.

En esta perspectiva, la vertiginosa adquisición de tierras en que están embarcados países y transnacionales, puede verse como una rebatiña cósmica por la futura renta territorial. Y es que la previsible expansión de la frontera agrícola ampliará también el espectro de productividades y con ello las rentas diferenciales, mientras que en condiciones de escasez la concentración de tierras, aguas y tecnología favorecerá aun más las rentas especulativas.

Durante el pasado siglo la vieja renta territorial había pasado a segundo plano al incrementarse otros ingresos sustentados en la especulación con la propiedad de recursos escasos o patentables, como las rentas petroleras, tecnológicas y financieras. Pero ahora regresa por sus fueros, impulsada por el renovado protagonismo económico de la actividad agropecuaria y la consecuente valorización de la tierra como su insoslayable soporte.

²⁹ José Antonio Rojas Nieto, “El precio de los productos primarios”, en *La Jornada*, 1/2/11.

³⁰ *Ibid.*

³¹ David Ricardo, *Principios de economía política y tributación*, FCE, México, 1959, p. 70.

Campeños y renta: ¿otra vez una agricultura bimodal?

Y si la renta territorial crece y amenaza con dispararse, catapultada por la gran crisis —ya lo he dicho, las rentas florecen en la escasez—, habrá también que desempolvar las opciones a un gravoso sobrepago que saquea a toda la sociedad, incluyendo a los capitales no vinculados con el negocio agropecuario.

No es casual, entonces, que incluso en el discurso de los organismos multilaterales se ponga otra vez en la orden del día la intervención del Estado en la producción alimentaria. Además de que, como hace más de medio siglo, se insista de nuevo en la actualización tecnológica y económica de la producción campesina.

Y es que a diferencia del agronegocio proclive a pujar por el alza de los precios, el pequeño y mediano productor familiar que opera con lógica de subsistencia puede ser constreñido a trabajar en tierras marginales y cultivos poco rentables, es decir con bajas o hasta nulas utilidades. Además de que por sus saberes agroecológicos y manejo del policultivo, posee una casi milagrosa habilidad para sobreponerse a los desastres por siniestros naturales, sapiencia muy útil en tiempos de cambio climático donde lo único seguro es la incertidumbre. Y por si fuera poco, es capaz de absorber con estrategias de diversificación de ingresos los gravosos tiempos muertos propios de la actividad agropecuaria³².

A primera vista pareciera que estuviéramos ante dos estrategias excluyentes y confrontadas. Se podría pensar que el discurso neocampesinista de los organismos multilaterales y la práctica acaparadora de tierras en que están enfrascados países, transnacionales y fondos de inversión apuntan en direcciones opuestas: en una se profundiza el modelo esencialmente rentista, predador e insostenible propio de agricultura industrial basada en el monocultivo, los agroquímicos y las semillas transgénicas; en la otra se expande una pequeña y mediana producción campesina diversificada basada en la familia, la comunidad agraria y las empresas asociativas que emplea tecnologías ambientalmente sostenibles y es respaldada por el Estado mediante políticas de fomento.

Sin embargo, más que ante vías alternas e incompatibles estamos ante la posibilidad de que se configure de nuevo un modelo de agricultura dual. Un patrón agropecuario bimodal de inspiración desarrollista como el que fue impulsado en el subcontinente durante la segunda mitad del siglo XX, promovido por la Cepal, cobijado por la llamada Alianza para el Progreso e implementado mediante reformas agrarias, extensionismo agrícola y promoción del paquete tecnológico de la Revolución Verde.

Pero, pese al discurso entonces dominante favorable a la agricultura familiar, en realidad no se trataba de impulsar una vía propiamente campesina de desarrollo rural, sino de favorecer la expansión del agronegocio en tierras y cultivos de alta rentabilidad destinados a mercados globales, a la vez que en tierras marginales y cultivos menos rentables se impulsaba la agricultura pequeña y mediana dirigida a mercados nacionales o locales.

En un orden presidido por la acumulación de capital, la preservación y hasta el fomento de un sector campesino de la producción agropecuaria no es concesión política sino frío cálculo económico. Está probado que la pequeña y mediana agricultura acotada a ciertos ámbitos de la producción puede ser funcional al gran dinero. Sus ventajas para el sistema radican en que tiene una inusitada capacidad para enfrentar la incertidumbre climática y económica, soporta las peores caídas de los precios, es capaz de seguir operando en condiciones de escasez y resulta particularmente eficiente cuando se trata de trabajar con recursos frágiles. Además de que el policultivo y la diversificación productiva permiten aprovechar íntegramente los recursos naturales y laborales de las familias. El modo campesino de producir es particularmente adecuado para operar en condiciones agroecológicas y económicas que serían poco favorables para el agronegocio intensivo; ámbitos marginales donde las familias pueden producir no sólo para el autoconsumo sino excedentes importantes de productos alimentarios y también, mediante algún tipo de agricultura por contrato, materias primas dedicadas a la agroindustria y al agrocomercio alimentario globalizado.

Común hasta hace algunas décadas, un sector campesino como el descrito, sujeto a mecanismos de intercambio desigual en el mercado, está siempre en riesgo de ruina y descapitalización. Es por ello que su preservación es incumbencia del Estado, que al fomentar la producción campesina, sobre todo la alimentaria y de mercado interno, resuelve de manera barata y eficiente las dificultades que para los sectores no agropecuarios del capital representa la carestía permanente de los alimentos.

En esencia la funcionalidad de que junto al agronegocio operando en las tierras de mejor potencial y en los productos más atractivos, se preserve o reconstituya un sector campesino ubicado en tierras marginales y cultivos poco remunerativos, tiene su fundamento en la disparidad de productividades ocasionada por el carácter diverso y escaso de los recursos naturales necesarios en la agricultura. En el fondo del neocampesinismo conservador está la renta diferencial.

³² Armando Bartra, *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida*, UACM, CDRSSA, Ítaca, México, 2006, pp. 120-123.

Una agricultura dual o bimodal en la que coexistan modernos agronegocios y campesinos tradicionales, puede ser más deseable para todos que una ruralidad de la que se ha barrido por completo a los pequeños productores y las comunidades. Pero en todo caso es necesario reconocer que se trata de una dualidad asimétrica e injusta que reproduce el colonialismo interno. Un modelo que ya fue enjuiciado hace cuarenta años por críticos del subdesarrollismo como Stavenhagen:

Lo importante no es la existencia de dos “sociedades” (...) sino las relaciones que existen entre (ellas). Además, esas zonas “arcaicas” son generalmente exportadoras de materias primas baratas, a los centros urbanos y al extranjero (...). Las regiones subdesarrolladas de nuestros países hacen las veces de colonias internas, y en vez de plantear la situación en los países de América Latina en términos de *sociedad dual* convendría plantearla en términos de *colonialismo interno*.³³

Existe el riesgo de que se solidifique una combinación perversa de latifundismo arrendador, operador de monocultivos intensivos dirigidos al mercado externo, con agricultura familiar impulsora de una producción de pequeña escala, diversificada y para el mercado interno. Una combinación perversa de agronegocios ecocidas y predadores con campesinos agroecológicos y sustentables. Un adefesio rural donde, en asimétrica simbiosis, coexistan grandes capitales gestionados globalmente, movidos por la ganancia, atentos al costo-beneficio y auspiciados por las megacorporaciones, con campesinos comunitarios gestionados desde el territorio, motivados por el buen vivir, respetuosos de la Pachamama y cobijados por la “cooperación”.

Puede ser que el llamado de los organismos multilaterales a impulsar a la pequeña y mediana producción sea puramente proclamativo o alimente un afluente apenas marginal dentro de la previsible expansión agropecuaria encabezada por las transnacionales y el agronegocio. Pero una amenaza no menor es la de que se repita la historia y los campesinos sean uncidos de nuevo a un modelo modernizador presidido por la lógica del capital, como sucedió a mediados de la pasada centuria en América Latina. Vía que ya evidenció sus límites y mostró sus costos.

³³ Rodolfo Stavenhagen, *Sociología y subdesarrollo*, Nuestro Tiempo, México, 1972, p. 20.

³⁴ Danilo Paz, *Estructura agraria boliviana*, Editorial Popular, La Paz, 1983, pp. 58, 59.

³⁵ Silvia Rivera Cusicanqui, *Oprimidos pero no vencidos: luchas del campesinado aymara y quechua de Bolivia (1900-1980)*, UNRISD, Ginebra, 1986, pp. 187 y 190.

El BM, el FMN y la FAO han dicho que el Estado debe impulsar la necesaria recuperación agropecuaria, poniendo énfasis en los pequeños y medianos productores. Pero la solución del problema alimentario y el avance hacia una sociedad económicamente más justa, no se logra sólo relanzando al llamado sector social de la producción. Pues los resultados dependen de cómo éste se articule con la economía empresarial y con el sector público, agentes que por su naturaleza hegemónica tienden a subsumir, instrumentalizar y exprimir a los campesinos.

En el paradigma impulsado por la Cepal durante la segunda mitad de la pasada centuria había espacio para la agricultura campesina productora bienes de consumo dirigidos al mercado interno y de materias primas para la agroindustria y la exportación. Pero su desarrollo estaba al servicio de la acumulación de capital industrial; sector estratégico al que debía aportar alimentos y materias primas baratos, al que debía transferir mano de obra ya formada y al que debía servir como mercado. Todo dentro de un esquema de modernización donde la industria debía imponerse sobre la agricultura y la ciudad sobre el campo.

Promovido por los desarrollistas, el modelo fue criticado desde que echó a andar. El análisis de Danilo Paz para el caso de Bolivia —país con un campesinado numeroso, saldo de la importante reforma agraria realizada en el medio siglo— es representativo de los múltiples juicios críticos que entonces se formularon:

Esta articulación suponía siempre una transferencia de valor de las formas precapitalistas al modo de producción capitalista minero y secundariamente industrial. Los mecanismos principales de transferencia eran de dos tipos: por un lado, a través del mercado proporcionando mercancías por debajo de su valor, lo que en definitiva permitía a los capitalistas mantener una inversión baja en capital variable y por otro, mediante transferencias directas a otros sectores de la economía y al Estado capitalista.³⁴

Rechazo, este, que en el VII Congreso Nacional Campesino, de 1978, manifestaron también los propios agricultores bolivianos: “Los trabajadores campesinos, con nuestro trabajo, hemos subvencionado a la economía de los centros urbanos”. La intención de los proyectos productivos que impulsa el gobierno “no es ayudar sinceramente al campesino sino quieren que produzcamos más y bien barato, para que los industriales ganen más dinero”.³⁵

La pequeña y mediana producción campesina mercantil ya fue impulsada en el pasado, pero con un modelo inicuo que no se debiera repetir. Y para evitarlo habrá que cambiar los paradigmas del desarrollo agropecuario. Mudanza que involucra conceptos más amplios y supone la revisión crítica del desarrollismo como ideología y del propio concepto de desarrollo.

El desarrollo en cuestión: de la economía del objeto a la economía del sujeto

El renovado protagonismo de los pequeños y medianos productores del campo como actores sociales y como posible vertiente de la recuperación agropecuaria, se inscribe en un curso de transformaciones cuyos viejos patrones desarrollistas están desfondados. Sin embargo, desertado el “ismo”, los asuntos técnicos, económicos y sociales que involucra el llamado desarrollo se mantienen vigentes.

Las revoluciones en curso, tanto las de América Latina como las del norte de África y el Oriente Medio, se ubican en países donde hay extensos sectores social y económicamente marginados. Población que no podrá acceder a una vida digna sin algún tipo de crecimiento económico. Esto pone en la orden del día los grandes temas del desarrollo, pero en el contexto de una crítica radical a la *ideología* del desarrollismo y al *concepto* mismo de desarrollo,³⁶ una noción que por décadas llenamos de adjetivos: auto-centrado, integral, participativo, incluyente, sostenible, local, con perspectiva de género, territorial..., hasta que, empachado, por fin reventó.

El desarrollo como la vía que por fuerza debían seguir los pueblos demorados en sus esfuerzos por sumarse al contingente de los desarrollados y poder, así, arribar por fin a la anhelada modernidad, enfrenta el mismo descrédito que aqueja a la propia modernidad. Pero si ya no se sostiene como la estrategia que pretendía dotar de sentido progresivo a la historia de las naciones periféricas, una parte de sus conceptos, métodos y procedimientos sigue siendo herramienta imprescindible.

Empujado por una debacle epocal sin precedente que desestabilizó tanto al capitalismo como al socialismo, el pensamiento crítico está inmerso en un debate de orden civilizatorio. Se discuten, como siempre, la injusticia, la dominación y como superarlas, pero desfondado el fetiche del progreso se reflexiona también sobre el sentido de la historia, sobre la necesidad de reconciliar al pasado con el futuro y de vincular al mito con la utopía, sobre el modo de erradicar la transistémica opresión patriarcal, sobre la urgencia de replantear la insostenible relación sociedad-naturaleza, sobre la pertinencia de redefinir los paradigmas científico-tecnológicos... En este escenario, y cuando vislumbramos futuros poscapitalistas inspirados en paradigmas premodernos como *Sumak kawsay*, las recetas desarrollistas resultan muy poco inspiradoras.

El crecimiento económico, la expansión de la infraestructura productiva, la ampliación de los servicios no son en modo alguno asuntos irrelevantes o superados, pero dejaron de ser temas sustantivos para ser tan sólo instrumentales, pasaron de ser *fin*es a ser *medios*.

La eficacia de los instrumentos no es poca cosa cuando se vive en la penuria extrema y moviéndose entre el posibilismo y la utopía. Y los avances materiales pueden resultar decisivos a la hora en que los sujetos se toman un descanso para ponderar los resultados tangibles de su trajín contestatario. Pero ningún indicador de desarrollo puede suplantar la multitudinaria construcción de la historia emprendida por los pueblos, ni puede ser dirigida por los tecnócratas del costo-beneficio la solidaria edificación material y espiritual de nuevas civilizaciones. No hay matrices insumo-producto que tengan como *out-put* la felicidad y el buen vivir.

La refundación de Ecuador y Bolivia como Estados Plurinacionales, como naciones cuyo proyecto es el *Sumak kawsay* o *Suma qamaña*, como pueblos donde son protagónicos los movimientos sociales campesindios, como países cuyas Constituciones reconocen abierta o implícitamente los derechos de la naturaleza... dramatizan la nueva perspectiva histórica latinoamericana. Rumbo y objetivos inéditos que, sin embargo, y para fines de planeación estatal, encarnan en modelos y suponen bastos planes de ingeniería social. O lo que es lo mismo: algún tipo de desarrollo. No el viejo paradigma de los desarrollistas sino un *neodesarrollo posneoliberal* o quizá un *posdesarrollo poscapitalista* donde los necesarios cálculos de factibilidad, rutas críticas y planes constructivos no suplanten a los actores, donde la economía se tenga presente pero no se imponga sobre la sociedad, donde las cosas no se monten sobre los hombres...

Los nuevos paradigmas, en particular los que tienen que ver con la relación industria-agricultura y campo-ciudad, no vendrán del socialismo real que estatizó las agroempresas de alto potencial dejando las tierras y cultivos marginales a los pequeños productores y las cooperativas. Pero tampoco del capitalismo, cuya irrealizable utopía consiste en deshacerse de los campesinos, industrializar la agricultura y suprimir de una vez por todas, el condicionamiento natural de la producción rural.

Y si la salida no está en el capitalismo ni en el socialismo, quizá sea prudente volver la vista a la racionalidad con que viven, trabajan y resisten los campesinos modernos. Una lógica socioeconómica inserta en el mercado y que, por tanto, ha incorporado el *desdoblamiento* por el que el valor de uso adquiere valor de cambio, pero que se resiste a interiorizar la *inversión* por la que el valor de cambio se impone sobre el valor de uso. Porque los campesinos no rechazan la posibilidad de obtener excedentes e incrementar su patrimonio, pero siguen produciendo para vivir bien y no sólo para ganar más.

³⁶ Arturo Escobar, *La invención del tercer mundo: Construcción y reconstrucción del desarrollo*, Editorial Norma, Bogotá, 1996

Impulsando un sorprendente internacionalismo que los pone al día en la mundialización y con renovadas reivindicaciones ya no sólo referidas a la tierra y la producción agropecuaria, como en el pasado, sino también al territorio, la naturaleza, el género y el autogobierno la ancestral resistencia campesina se renueva y actualiza.

Rescatar el campo –como se proponen hacerlo las comunidades agrarias, los pueblos originarios de hábitat rural y los pequeños y medianos agricultores organizados– es frenar y revertir la desruralización que el capitalismo ha impulsado desde siempre. Porque, que el PIB agropecuario disminuya en términos relativos no significa que pueda haber sociedades que ya no estén sustentadas en el agro. Peligroso espejismo que al atender sólo al valor de cambio y no al valor de uso oculta las aportaciones no directamente económicas de lo rural. Y rescatar lo agrario significa buscar una nueva y más justa relación entre lo citadino y lo agreste a contrapelo de la ancestral y transistémica manía de desarrollar la ciudad a costillas del campo.

Poner en el centro la preservación del mundo humano y el mundo natural históricamente erosionados por la implacable codicia del gran dinero –como plantean con insistencia los campesinos– supone reconocer que tierras, aguas, biodiversidad, saberes y cultura no son mercancías sino bienes colectivos, al tiempo que se impulsa una conversión agroecológica orientada a la sustentabilidad social y natural. Mudanza que deberá desarrollar paradigmas alternos y desmarcarse de los patrones científico-tecnológicos predadores impuestos desde la primera revolución industrial.

Reconocer el derecho a la alimentación y el derecho al trabajo, como cuestiones inseparables dado que ni la comida ni el empleo no pueden ser dejados a los designios del

mercado, es una reivindicación –tanto de quienes laboran en el campo como de quienes lo hacen en la ciudad– cuyo cumplimiento exige recuperar la soberanía alimentaria y la soberanía laboral extraviadas en los delirios de la globalización salvaje.

Impulsar una economía *solidaria* y un mercado *equitativo* –como lo hace la gente del campo junto con otros muchos productores y consumidores– es ponerle apellidos morales a conceptos desalmados, en principio ajenos a toda consideración justiciera, en un subversivo oxímoron que apunta a la necesidad de revertir el infausto revolcón histórico por el que la economía se impuso sobre la sociedad, el valor de cambio sobre el valor de uso y las cosas sobre el hombre.

Levantar las banderas de la autogestión económico-social, pero también las de la autodeterminación política de los grupos identitarios –como lo han hecho los pueblos originarios, afrodescendientes y mestizos de los hoy Estados Plurinacionales de Ecuador y Bolivia– es confrontarse con Adam Smith pero también con Thomas Hobbes, desmarcándose tanto de la “mano invisible” del mercado y como de los dictados “humanistas” del Leviatán liberal.

Proclamar el “buen vivir” como opción a un progreso y un desarrollo que incumplieron sus promesas –como lo hacen quienes en el mundo andino recuperan el *Sumak kawsay* o el *Suma qamaña* de sus ancestros– es la más reciente herejía campesindia. No la última.

Estas y otras alternativas rústicas permiten avizorar algunos de los rasgos que sin duda habrá de tener una modernidad otra. Altermundismo que en algunos es pura elucubración de cubículo mientras en el mundo rural es espacio de resistencia, es realidad en construcción, es utopía hecha a mano.

Moderación, prudencia, medianía recomienda Aristóteles. Buen consejo quizá con mar calmo. Pero tormentas y crisis son tiempos de encrucijada que exigen definiciones tajantes. En la inminencia del naufragio no valen medias tintas.

Es en las catástrofes que las sociedades muestran de qué están hechas y los órdenes civilizatorios exhiben en las crisis sus inconsistencias profundas. En las crisis se condensan décadas o centurias de historia y se hacen patentes tensiones acumuladas antes ocultas. En las crisis las tendencias de larga duración se muestran en la cuenta corta y lo estructural deviene coyuntural. En las crisis se exacerbaban las contradicciones y los actores sociales se definen. Las crisis son situaciones límite que nos convocan a elegir, momentos privilegiados que nos llaman a tomar partido.

No hagamos como que nos habla la virgen. Si el amor no nos une, que cuando menos nos una el espanto. Escuchemos la profecía de Wallerstein: “El colapso de la economía-mundo capitalista podría conducir a un sistema-mundo peor que el que ahora existe”.